

FINALISTA ESTATAL



LA LLAVE

Paula Zambudio Quevedo (Comunidad Valenciana)

Se escuchó un terrible estruendo proveniente del otro lado del pasillo. Ángela miró asustada a Jorge, que también parecía confuso. Dudaron unos instantes, ya que pensaron que se había escuchado demasiado lejano, como de otro planeta. Pero sólo estaba a unos metros de la clase donde los dos amigos estaban. Ángela tomó la iniciativa y se adentró en la oscuridad del pasillo, Jorge le dijo que por favor no fuera, que podía ser una trampa. “¿Una trampa de quién, Jorge? Aquí no hay nadie” trató de tranquilizarle. Él le rogó que cogiera algo, lo que fuera, por si realmente no estaban solos. Pero a las siete y media de la tarde, en el pasillo de su instituto, no había nada útil. Ni siquiera en las clases, y el colegio hacía ya media hora que había cerrado sus puertas. “Y todo porque querías conseguir la maldita carta de Cristian. Si cuando se la viste en las manos la escondió corriendo”. Ángela le dijo que no se quejara tanto, que la tenía que conseguir. Se fueron a comprobar si el despacho del jefe de estudios, por alguna casualidad, estaba abierto. Porque allí, en un armario, estaban guardadas las llaves de las taquillas de los doscientos alumnos del ciclo.

Jorge no paró de lamentarse hasta que llegaron a la puerta, donde se calló de golpe. “Espero que no haya medidas de seguridad” consiguió decir. “Pues las esquivaremos. Como en los Ángeles de Charlie, ¿Eh?” bromeó ella. “Ya me explicarás cómo...” dudó él. “Dando volteretas, como la replicante Pris en Blade Runner” dijo Ángela sonriendo. Jorge suspiró y la empujó un poco hacia abajo. ¡Clic! Estaba abierta. Entraron juntos, dejando atrás los cajones con los expedientes, la corchera con los horarios y las fotos de las excursiones de fin de curso, para llegar al armario.

Ángela buscó el armario donde pusiera "4°C" en letras redondas y negras. La llave tenía una etiquetita blanca, que decía "159". El número de la taquilla de Cristian.

Antes de salir comprobaron que, arriba del armario, la luz escarlata de la alarma no estuviera intermitente. En la puerta, Ángela estaba nerviosa, mirando al otro lado del pasillo. "Eh, no has hecho la voltereta" bromeó Jorge. Ángela sonrió y se dirigió hacia las taquillas, que estaban justo antes de la sala de profesores. Buscó el bloque que tuviera de la 140 a la 160. Aunque ella sabía de sobra dónde estaba exactamente. Sacó despacio la llave del bolsillo, y, temblando, abrió la taquilla. "¡Qué cerdo!" dijo indignado Jorge. Y es que estaba llena de basura. Ángela removió aquel desorden hasta que tropezó con un sobre blanco, bastante abultado.

La expresión de incomodidad de Jorge contrarrestaba con la felicidad de Ángela. Se veía en el brillo de sus ojos, en la amplitud y tranquilidad de su sonrisa. Se guardó el sobre cerrado en el bolso y le guiñó un ojo a Jorge. Salió corriendo hacia la puerta del despacho mientras él cerraba la taquilla. Le lanzó la llave y corrió hacia la puerta mientras ella la guardaba. Bajaron a todo correr los dos pisos hasta llegar al patio. Se sentaron juntos en uno de los bancos y recuperaron el aliento. Ángela sacó, muy temblorosa, las tres hojas del sobre y, con un nudo en la garganta y la voz muy débil, comenzó a leerla. Ponía, mucho más bonito y extenso, más o menos lo que él le había dado a entender, la noche anterior, en aquel mensaje. "¿Qué vas a hacer ahora?" se atrevió a preguntar Jorge. Hubo un silencio bastante incómodo. Ángela levantó la cabeza, se incorporó y se frotó los ojos, Jorge se giró mirándola, esperando paciente su respuesta. "Pues... a ver... respondérsela, ¿no?" dudó ella. "Pero no sé cómo... ¿le escribo una carta o se lo doy a entender?" preguntó muy insegura. Jorge le levantó un poco la cabeza para levantarle la vista y se quedó mirándola. "Pues no sé, como tú quieras... si te atreves" respondió él. Se callaron durante un momento.

Viendo el ánimo de Ángela, Jorge se sintió mal. "Mira, el lunes en el recreo le dices que quieres hablar con él" le explicó, e hizo una pausa, "os sentáis tranquilamente en un banco y tú se lo explicas. Todo lo de esta excursión y

lo que pienses añadir sobre vuestros sentimientos. Es fácil. ¿Tendrás el valor suficiente?” preguntó con una sonrisa de ánimo. “No... mejor con una carta” respondió insegura. Jorge se calló, dando a entender que la otra era mejor opción. O por lo menos más romántica. Pero los dos habían elegido escribir cartas. “Vale, la escribo esta noche y ya se la daré”. Decidió Ángela. Jorge miró el reloj. Eran las diez menos cuarto. Le preguntó que cómo se la iba a dar. Ella sonrió y le miró. “Mañana a la misma hora estaremos tú y yo aquí. Y repetiremos la Operación Taquilla.” Dijo ella con la sonrisa más grande. “De acuerdo, te estaré esperando...” sonrió él. Los dos se levantaron y se fueron en dirección a la salida. Él le cedió el paso, y añadió, muy bajito: “siempre...”.